

pongo que no querrá usted enterrar á su amigo como si fuese un pobre?

—Vamos, vamos, mi querido señor—dijo la Salvaje aprovechando un momento en que Smuke tenía la cabeza inclinada contra el respaldo del sofá, y metiéndole una cucharada de caldo en la boca, lo mismo que si fuese un niño.

—Señor, puesto que quiere usted entregarse á su dolor, ahora, si es usted juicioso, debe usted encargar á alguien que le represente.

—Puesto que el señor tiene la intención de levantar un magnífico monumento á la memoria de su amigo—dijo el corredor,—no tiene más que encargarme á mí de todos los pasos, y yo los haré.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—dijo la Salvaje.—¿Le ha encargado á usted algo el señor? ¿Quién es usted?

—Señora mía, uno de los corredores de la casa Sonet, la más acreditada para monumentos funerarios—dijo sacando una tarjeta y entregándosela á la Salvaje.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡basta! ya se irá á su casa cuando se crea conveniente. Pero no hay que abusar del estado en que se encuentra el señor. Ya ve usted que no está para nada.

—Si quiere usted encargarse de que venga á casa, yo le daré cuarenta francos—dijo el corredor de la casa Sonet, llamando á la Salvaje aparte.

—Bueno, deme usted su dirección—dijo la señora Salvaje cambiando de modos.

Al verse solo y como se encontrase mejor después de haber tomado el caldo, Smuke no tardó en volver al cuarto de Pons para entregarse allí á la oración. Estaba sumido en los abismos del dolor, cuando fué sacado de su profundo marasmo por un joven vestido de negro que le llamaba señor por undécima vez y que fué oído por el pobre mártir gracias á haberle sacudido el brazo.

—¿Qué ocugue?

—Señor, nosotros debemos al doctor Ganal un descubrimiento sublime. Él ha renovado los milagros de Egipto, y perfeccionándolos ha obtenido resultados sorprendentes. De modo, que si quiere usted volver á ver á su amigo tal cual era en vida...

—¡Volveg á vegle!—exclamó Smuke,—¿pego me hablagá?

—Lo mismo que si le hablase, no le faltará más que la palabra—repuso el corredor de embalsamamientos.—Quedaré eternamente tal como le verá usted embalsamado. La operación exige cortos instantes. Una incisión en la carótida y la inyección suficiente; pero aun es tiempo. Si espera usted un cuarto de hora, ya no tendrá la satisfacción de haber conservado el cuerpo.

—Vaya usted al diablo... Pons es un alma... y esta alma está en el cielo.

—¡Este hombre es un desagradecido! ¡Se niega á embalsamar á su amigo!—dijo el joven corredor de uno de los rivales del célebre Ganal, al pasar por la portería.

—¿Qué quiere usted, señor?—dijo la Cibot, que acababa de hacer embalsamar á su marido.—Es un heredero, un legatario; y una vez que el negocio está hecho, el difunto no significa nada.

CAPÍTULO XXVIII

Continuación del martirio de Smuke, donde se verá cómo se muere en París

Una hora después, Smuke vió que se presentaba ante él la señora Salvaje seguida de un hombre vestido de negro que parecía ser un obrero.

—Señor, Cantinet ha tenido la atención de enviarle á este sujeto, que es el funerario de la parroquia.

El funerario se inclinó con aire de conmiseración y de tristeza; pero como hombre seguro de hacer negocio, empezó por decir:

—¿Cómo quiere usted la caja, señor? ¿de pino, de encina de encina forrada de plomo? La encina forrada de plomo es lo mejor; porque el cuerpo tiene la medida ordinaria.

Y esto diciendo tentaba los pies del muerto para medirle.

—¡Un metro setenta!—añadió.—¿Piensa el señor encarar el servicio fúnebre á la iglesia?

Smuke le dirigió á aquel hombre miradas como las que dirigen los locos antes de hacer alguna barrabasada.

—Señor—dijo la Salvaje,—debería usted encargar á quien que se ocupase por usted de todos estos detalles.

—Sí—dijo al fin la víctima.

—¿Quiere usted que vaya á buscar al señor Tabareau? Porque va usted á tener muchos quehaceres. Mire, el señor Tabareau es el hombre más honrado del barrio.

—Sí, el *señog Tabagueau*. Ya me han hablado de él—respondió Smuke aniquilado.

—Después de esto, el señor quedará tranquilo y podrá entregarse á su dolor.

A eso de las dos de la tarde, el primer pasante del señor Tabareau, joven que pensaba dedicarse á la carrera de alguacil, se presentó modestamente. La juventud tiene asombrosos privilegios, no asusta. Aquel joven, llamado Villemot, se sentó al lado de Smuke y esperó el momento de hablarle. Esta reserva conmovió mucho á Smuke.

—Señor—le dijo,—yo soy el primer pasante del señor Tabareau, el cual me ha confiado el cuidado de sus intereses y me ha encargado que me ocupe del entierro de su amigo. ¿Es esta su intención?

—Usted no me *salvagá* la vida, *pog* que me queda poco que *vivig*; *pego* ¿me *dejadá* usted tranquilo?

—¡Oh! no tendrá usted que ocuparse de nada—respondió Villemot.

—Bueno ¿qué hay que *haceg*?

—Firmar este papel nombrando apoderado al señor Tabareau para los asuntos de la herencia.

—Bueno, traiga usted—dijo el alemán queriendo firmar en seguida.

—No, antes he de leerle el acta.

Lea usted.

Smuke no prestó la menor atención á la lectura de aquel poder general, y lo firmó. El joven recibió las órdenes de Smuke para el entierro y la compra del terreno donde el alemán deseaba tener á su amigo, y después le dijo que no le molestaría más para nada, ni aun para pedirle dinero.

—*Pog teneg* tranquilidad, *dagla* todo lo que poseo—dijo el infortunado volviendo á arrodillarse ante el cuerpo de su amigo.

Fresal triunfaba: el legatario no podía dar un paso fuera del círculo en que le tenían encerrado por medio de la Salvaje y de Villemot.

No hay dolor que no sea vencido por el sueño; así es que al obscurecer, la Salvaje encontró á Smuke durmiendo debajo de la cama donde yacía el cuerpo de Pons. Al verlo en aque-

estado, lo cogió en brazos, lo acostó maternalmente en su cama, y el alemán durmió hasta el día siguiente. Cuando Smuke despertó, es decir, cuando, después de aquella tregua, volvió á reanudar sus dolores, el cuerpo de Pons estaba apuesto en la puerta cochera, en la capilla ardiente á que tienen derecho los entierros de tercera clase. El músico buscó, pues, en vano á su amigo en aquella habitación que le pareció inmensa y que sólo contenía espantosos recuerdos. La Salvaje, que gobernaba á Smuke con la autoridad que emplea una nodriza con su orro, le obligó á almorzar antes de ir á la iglesia. Mientras que aquella pobre víctima se veía obligada á comer, la Salvaje le advirtió, con lamentaciones dignas de Jeremías, que no tenía levita negra. El ajuar de Smuke, cuidado por la Cibot, había llegado, durante la enfermedad de Pons, á su más simple expresión: á dos pantalones y dos levitas.

—¿Va usted á ir así al entierro del señor? ¡Eso es una monstruosidad que le va á hacer incurrir en las iras del barrio!

—Pues ¿cómo *quiegue* usted que vaya?

—De luto.

—¿De luto?

—Las conveniencias...

—¡Las conveniencias! Me tienen sin cuidado todas esas *regulas*—dijo el pobre hombre, llegado al último grado de desesperación á que era susceptible su alma de niño.

—¡Pero este hombre es un monstruo de ingratitud!—dijo la Salvaje volviéndose hacia un señor que se presentó de pronto en la habitación y que hizo temblar á Smuke.

Este funcionario iba magníficamente vestido, con calzón negro, medias de seda negras, condecorado con una cadena de plata de la que pendía una medalla y provisto de una corbata de muselina blanca, muy correcto y de guantes blancos; aquel tipo oficial llevaba en la mano una varita de palo, insignia de sus funciones, y un tricornio debajo del brazo izquierdo.

—Soy el maestro de ceremonias—dijo aquel personaje cariñosa voz.

Acostumbrado por sus funciones á presidir todos los días velos y á ver á las familias sumidas en un dolor real ó fingido, aquel hombre, lo mismo que todos sus colegas, hablaba siempre en voz baja, y era decente, cortés y comedido. No una estatua que representase el genio de la muerte,

Aquella declaración causó á Smuke un temblor nervioso cual si hubiese visto al verdugo.

—¿Es el señor hijo, padre ó hermano del difunto?—preguntó aquel funcionario.

—Soy todo eso y más... soy su amigo—dijo Smuke en medio de un torrente de lágrimas.

—¿Es usted el heredero?—preguntó el maestro de ceremonias.

—¿El *heguedego*?—repitió Smuke.—¡Todo me es igual en el mundo!—añadió volviendo á tomar su dolorosa actitud.

—¿Dónde están los parientes y los amigos?—preguntó el maestro de ceremonias.

—Aquí están todos—exclamó Smuke señalando los cuadros y las curiosidades.—Estos jamás han hecho *sufrig* á mi buen Pons. A mí y á esto *ega* á lo único que *quegula* en el mundo.

—Señor, váyase, es inútil que le escuche, está loco—dijo la Salvaje al maestro de ceremonias.

Smuke se había sentado y había vuelto á tomar su actitud de idiota, enjugándose maquinalmente las lágrimas. En este momento se presentó Villemot, el primer pasante del señor Tabareau, y el maestro de ceremonias, reconociendo al que había ido á encargar el entierro, le dijo:

—Bueno, señor, ya es tiempo de marchar... el coche está ahí; pero yo nunca he visto entierro como este. ¿Dónde están los parientes y los amigos?

—Nosotros hemos tenido muy poco tiempo—respondió el señor Villemot.—El señor estaba sumido en tal dolor que no pensaba en nada; pero no tiene más que un pariente.

El maestro de ceremonias, aquel perito en dolor, distinguía bien el falso del verdadero; así es que miró á Smuke con lástima, y después se aproximó á él para decirle:

—Vamos, mi querido señor, valor... Piense usted en honrar la memoria de su amigo.

—Nos hemos olvidado de enviar esquelas de defunción, pero yo he tenido cuidado de enviar una al señor presidente de Marville, que es el único pariente de que le he hablado.

El muerto no tiene amigos, pues no creo que vengan las gentes del teatro cuya orquesta dirigía el difunto... Creación de el señor es el legatario universal.

—Entonces tiene que dirigir el duelo—dijo el maestro de ceremonias.—¿No tiene traje negro?—preguntó al

la indumentaria de Smuke.

—Todo en mi *integuio*g está *neggo*—dijo el pobre alemán con desgarradora voz.—Tan *neggo*, que siento en mí la *negte*... Dios me *hagá* el *favog* de *unigme* á mi amigo en la tumba, y yo le *dagué* las *ggacias*—añadió juntando las manos.

—Ya le he dicho yo á la casa que ha introducido tantos perfeccionamientos, que debería alquilar ropa á los herederos—repuso el maestro de ceremonias.—Es una cosa que se hace cada día más necesaria. Pero puesto que el señor le hereda, debe tomar la capa de luto. La que yo he traído le tapará tan bien, que no se notará la inconveniencia del traje.

—¿Quiere usted tener la bondad de levantarse?—le dijo Smuke, el cual se levantó tambaleándose.

—Sosténgale usted—dijo el maestro de ceremonias á Villemot.

Este sostuvo á Smuke cogiéndolo por debajo de los brazos, y entonces, el maestro de ceremonias cogió aquella pesada y horrible capa negra que se ponen los herederos para seguir al carro fúnebre desde la casa mortuoria á la iglesia, y vistió á Smuke de heredero, sujetándole la capa debajo de la barba con unos cordones negros.

—Ahora surge una gran dificultad—dijo el maestro de ceremonias.—El coche tiene cuatro cintas, ¿quién las lleva, si no hay nadie? Ya son las diez y media y nos esperan en la iglesia—añadió, consultando el reloj.

—¡Ah! aquí está el señor Fresal—exclamó Villemot inmediatamente (bien es verdad que no había nadie que pudiese notar esta confesión de complicidad).

—¿Quién es este señor?—preguntó el maestro de ceremonias.

—¡Oh! es la familia.

—¿Qué familia?

—La familia desheredada. Es el apoderado del señor presidente Camusot.

—Bien—dijo el maestro de ceremonias con aire de satisfacción.—Al menos tendremos dos que lleven cintas.

—Esto diciendo, el maestro de ceremonias fué á buscar magníficos pares de guantes blancos y se los presentó vivamente á Fresal y á Villemot con aire cortés.

—¿Quiéren hacerme estos señores el favor de llevar dos

—Con mucho gusto, caballero—dijo Fresal, que iba vestido de luto con gran lujo.

—Si llegasen siquiera dos personas más, ya tendríamos completas las cintas—dijo el maestro de ceremonias.

En este momento llegó el infatigable corredor de la casa Sonet, seguido del único hombre que se acordó de Pons para tributarle los últimos honores. Este hombre era un empleado del teatro, el mozo encargado de poner las partituras en los facistolos de la orquesta, al que Pons daba todos los meses cinco francos, sabiendo que era padre de familia.

—¡Ah! ¡*Topinag!*—exclamó Smuke al reconocer al mozo.
—Tú *quiegeus* á Pons.

—Señor, he venido todos los días á saber noticias tuyas.

—¡Todos los días! ¡Pobre *Topinag!*—dijo Smuke estrechando la mano del mozo del teatro.

—Pero sin duda me tomaban por un pariente y me recibían muy mal. En vano decía que era del teatro y que venía á saber noticias del señor Pons, porque no me hacían caso. Varias veces quise ver al pobre enfermo, pero no me dejaron subir.

—¡La infame Cibot!—dijo Smuche estrechando contra su corazón la callosa mano del mozo del teatro.

—El bueno del señor Pons era el mejor de los hombres. Todos los meses me daba cinco francos, porque sabía que tengo mujer y tres hijos. Mi mujer está en la iglesia.

—Yo *pagtigué* mi pan contigo—exclamó Smuke satisfecho al ver á su lado á un hombre que quería á Pons.

—¿Quiere el señor llevar una de las cintas?—dijo el maestro de ceremonias.—Así estarán completos.

El maestro de ceremonias había decidido fácilmente al corredor de la casa Sonet á llevar una de las cintas, sobre todo al enseñarle el hermoso par de guantes que se le regalaba, según es costumbre.

—Ya son las once menos cuarto, nos están esperando en la iglesia y no hay más remedio que marchar—dijo el maestro de ceremonias.

Y aquellas seis personas empezaron á bajar las escaleras.

—Cierren ustedes bien las habitaciones y quédense aquí—dijo el atroz Fresal á las dos mujeres que estaban en el descansillo.—Señora Cantinet, vigile usted bien, pues yo sé que se ganará dos francos diarios.

Por una casualidad, que no tiene nada de extraño en París, había dos catafalcos en la puerta cochera, y, por consiguiente, dos entierros; el de Cibot, difunto portero, y el de Pons. Nadie iba á tributar muestras de afecto al brillante catafalco del amigo de las artes, y todos los porteros de la vecindad afluan á dar su golpe de hisopo á los despojos mortales del portero. Este contraste de la multitud que acudía á la muerte del portero y de la soledad en que permanecía Pons, tuvo lugar, no sólo á la puerta de la casa, sino también en la calle, donde el ataúd de Pons sólo iba seguido por Smuke, el cual estaba tan débil que tenía que apoyarse en un funerario. De la calle de Normandía á la calle de Orleans, donde está situada la iglesia de San Francisco, los dos entierros fueron entre dos hileras de curiosos, pues, como se ha dicho ya, todo es motivo de acontecimiento en aquel barrio. Se notaba, pues, el esplendor de la carroza blanca que llevaba un solo hombre por comitiva, mientras que el carro sencillo, el de última clase, iba acompañado de una inmensa multitud. Afortunadamente Smuke, alhelado al ver la gente en las ventanas y las hileras que formaban los curiosos, no oía nada y sólo veía aquel concurso de personas, á través del velo de sus lágrimas.

—¡Ah! ¡es el rompenueces! El músico ¿sabe usted?

—Y ¿quiénes son las personas que llevan las cintas?

—¡Bah! ¡cómicos!

—¡Ah! ¡mire el entierro del pobre padre Cibot! ¡Ese sí que era trabajador!

—¡No salía nunca de casa!

—¡Jamás hacía fiesta el lunes!

—¡Y cómo quería á su mujer!

—¡Esa sí que es desgraciada!

Remonencq iba detrás del coche de su víctima y recibía el pésame por la pérdida de su vecino.

Aquellos dos entierros llegaron á la iglesia, donde Cantinet cuidó de que ningún mendigo molestase á Smuke. Villemot había prometido al heredero que estaría tranquilo y satisfacía todos los gastos, velando por su cliente. El modesto coche fúnebre de Cibot escoltado por sesenta ú ochenta personas, fué acompañado por toda aquella gente hasta el cementerio. A la salida de la iglesia, el entierro de Pons llevaba cuatro coches: uno para el clero y los otros tres para los parientes; pero sólo se necesitó uno, pues el

corredor de la casa Sonet se había ido durante la misa á avisar á la casa á fin de que ésta presentase el proyecto del monumento al legatario universal al salir del cementerio. Fresal, Villemot, Smuke y Topinar ocuparon un solo coche, y los otros dos vehículos, en lugar de volverse á la administración, fueron vacíos hasta el Père Lachaise. Esta carrera inútil de coches vacíos tiene lugar frecuentemente. Cuando los muertos no gozan de ninguna celebridad, siempre hay coches de más. Los muertos tienen que haber sido muy amados en vida para ir acompañados hasta el cementerio por los amigos, y esto ocurre sobre todo en París, donde todo el mundo desearía que el día tuviese veinticinco horas. Pero los cocheros perderían la propina si no hiciesen su labor; así es que, llenos ó vacíos, los coches van á la iglesia y al cementerio y vuelven á la casa mortuoria, donde los cocheros piden su propina. No es posible imaginarse el sinnúmero de gente que vive de la muerte. El bajo clero, los pobres, los funerarios, los cocheros, los enterradores, estas naturalezas porosas se hinchan al sumirse en un coche fúnebre. Desde la iglesia, donde el heredero se vió asaltado á la salida por una nube de pobres, hasta el Père Lachaise, el pobre Smuke fué como van los criminales desde la audiencia hasta el patíbulo. Presidía su propio entierro, cogido de la mano del pobre Topinar, único hombre que tenía un sentimiento verdadero por la muerte de Pons. Topinar, conmovido excesivamente por el honor que le hacían confiándole una de las cintas y contento de ir en coche, dueño de un par de guantes, empezaba á entrever en el entierro de Pons uno de los grandes días de su vida. Anodado por el dolor y sostenido por el contacto de aquella mano que respondía á un corazón, Smuke se dejaba arrastrar como esos desgraciados terneros conducidos en carro al matadero. En la delantera del coche iban Fresal y Villemot. Los que han tenido la desgracia de acompañar á muchos de los suyos al campo del reposo, saben que cesa toda hipocresía en el coche, durante el trayecto, que suele ser largo, de la iglesia al cementerio del Este, que es en París, el que cuenta con monumentos más ricos y más suntuosos, y que sirve de punto de cita á todas las vanidades y á todos los lujos. Los indiferentes comienzan la conversación, y los más tristes acaban por escucharlos y por distraerse.

—El señor presidente se habrá ido ya á la audiencia—decía Fresal á Villemot—y no he creído necesario ir á distraerle en sus ocupaciones, porque de todos modos hubiera llegado tarde. Además, como es el heredero natural y legal y está desheredado en provecho del señor Smuke, he creído que bastaba que estuviese aquí su apoderado.

Topinar prestó oído.

—¿Quién es ese tipo que llevaba la cuarta cinta?—preguntó Fresal á Villemot.

—Es el corredor de una casa que hace el monumento funerario, el cual desearía obtener el encargo de una tumba donde se propone esculpir tres figuras de mármol, la Música, la Pintura y la Escultura, derramando lágrimas por el difunto.

—Está bien—repuso Fresal.—Bien merece el muerto todo eso; pero ese monumento costaría lo menos ocho ó nueve mil francos.

—Ya lo creo.

—Si el señor Smuke hace el encargo, eso puede ir á cargo de la herencia, porque con semejantes gastos se podría absorber todo un legado.

—Habría un pleito, pero se ganaría.

—Bueno, ya lo veremos. Se les podría jugar una buena á esos contratistas—dijo Fresal á Villemot al oído;—porque si el testamento está roto, de lo cual respondo yo, no habiendo testamento ¿quién les pagaría?

Villemot se rió como un mono. El primer pasante de Tabareau y el hombre de negocios se hablaron en voz baja al oído; pero á pesar del ruido del coche, el mozo de teatro, acostumbrado á adivinarlo todo entre bastidores, comprendió que aquellos dos curiales se proponían poner al pobre alemán en un apuro, y acabó por oír la palabra Clichy. Desde entonces, el honrado y digno servidor del mundo cómico, resolvió velar por el amigo de Pons.

En el cementerio, Villemont había comprado tres metros de terreno por mediación del corredor de la casa Sonet, anunciando la intención de construir un magnífico monumento. Smuke fué conducido por el maestro de ceremonias, á través de una multitud de curiosos, á la fosa donde debía descansar para siempre Pons; pero al ver aquel agujero cuadrado en el cual cuatro hombres sostenían con cuerdas el ataúd de Pons, al que el clero tributaba la última plegaria, el alemán sintió tal opresión de corazón, que se desmayó.

CAPÍTULO XXIX

Donde se ve que lo que se llama abrir una herencia,
consiste en cerrar todas las puertas

Topinar, ayudado por el corredor de la casa Sonet y por el mismo Sonet, llevó al pobre alemán al taller de mármoles, donde le fueron prodigados los mayores cuidados por la señora Sonet y por la señora Vitelot, esposa del asociado del señor Sonet. Topinar permaneció allí, pues había visto hablar al corredor de la casa con Fresal, cuyo rostro le parecía patibulario.

Al cabo de una hora, á eso de las dos y media, el pobre é inocente alemán recobró sus sentidos. Smuke hacía dos días que creía estar soñando y pensaba que se despertaría y que encontraría á Pons vivo. Le pusieron tantas servilletas mojadas en la frente y le hicieron aspirar tantas sales y vinagres, que por fin abrió los ojos. La señora Sonet le obligó á tomar un buen caldo, al mismo tiempo que decía:

—No ocurre frecuentemente esto de tener que recoger clientes que sientan la muerte de este modo. A lo sumo se ve una vez cada dos años.

Por fin, Smuke habló de volver á la calle de Normandía.

—Señor—dijo entonces Sonet,—aquí tiene usted el dibujo que ha hecho Vitelot expresamente para usted. Se ha pasado la noche trabajando; pero ha estado muy inspirado; será muy bonito.

—Será uno de los más bonitos del Père Lechaise—dijo la Sonet;—pero debe usted honrar la memoria de un amigo que le dejó toda su fortuna.

Aquel proyecto, que decían hecho expresamente, había sido preparado para de Marsay, el famoso ministro; pero la viuda quiso que Stidman lo hiciese, y entonces fué rechazado el proyecto de aquellos industriales por considerarlo de pacotilla. Aquellas tres figuras representaban entonces las jornadas de julio, en que se distinguió aquel gran ministro. Después, con modificaciones, Sonet y Vitelot las convirtieron en *tres gloriosas*, el Ejército, la Hacienda y la Familia para el monumento de Carlos Keller, que también fué hecho por Stidman. Hacía once años que aquel proyecto era adaptado á todas las circunstancias de familia; pero calcán-

dolo, Vitelot había transformado las tres figuras en las de los genios de la Música, la Pintura y la Escultura.

—Será muy barato si se tienen en cuenta los detalles de las construcciones; pero en seis meses lo haremos. Costará siete mil francos.

—Si el señor quiere mármol—dijo Sonet,—le costará doce mil francos; pero también immortalizará la memoria de su amigo.

—Acabo de saber que el testamento será atacado—dijo Topinar al oído de Vitelot—y que los herederos entrarán en posesión de la herencia. Vayan ustedes á ver al señor presidente Camusot, porque este pobre inocente no tendría un céntimo.

—Siempre nos trae usted clientes de esta clase—dijo la señora Vitelot al corredor, en son de queja.

Topinar acompañó á Smuke á pie á la calle de Normandía, pues los coches del entierro ya se habían marchado.

—No me deje usted—dijo Smuke á Topinar, al ver que éste quería irse después de haberle dejado en poder de la señora Salvaje.

—Mi querido señor Smuke, son las cuatro y tengo que ir á comer, pues mi mujer, que es obrera, no sabría qué pensar de mí. Además, ya sabe usted que el teatro se abre á las seis menos cuarto.

—Sí, ya lo sé; pego piense usted que estoy solo en la *tiégga*, sin un amigo; usted que ha llogado á Pons, instrúyame, pues me hallo en profunda *oscuguidad*, y Pons me había dicho que estaba *godeado* de pillos.

—Ya me he apercebido de ello, y acabo de impedir que vaya usted á parar á Clichy.

—¡A Clichy!—exclamó Smuke—¡No comprendo!

—¡Pobre hombre! Bueno, esté usted tranquilo, ya vendré á verle, adiós.

—¡Adiós! Hasta otro *gato*—dijo Smuke cayendo casi muerto de cansancio.

—Adiós, señor—dijo la señora Salvaje á Topinar, con aire que sorprendió al mozo de teatro.

—¿Qué le pasa á usted, sirvienta?—dijo burlonamente Topinar.—Se pone usted en actitud de un traidor de teatro.

—El traidor será usted. ¿Quién le mete aquí? No vaya usted á querer meterse en los negocios del señor para timarle.

—¡Timarle yo, criada!—respondió soberbiamente Topinar.

—Yo no soy más que un pobre mozo de teatro, pero tengo apego á los artistas, y sepa que nunca he pedido nada á nadie. ¿Le han pedido á usted algo? ¿Se le debe algo, vieja?

—Es usted mozo de teatro ¿y se llama...?—preguntó la marimacho.

—Topinar, para servirla.

—Pues muchas cosas en casa—dijo la Salvaje—y recuerdos á su mujer si es usted casado. Ya sé todo lo que deseaba.

—¿Qué le pasa á usted, hermosa mía?—dijo la señora Cantinet presentándose.

—Lo que me pasa, hija mía, es que se va usted á quedar aquí cuidando de la comida, mientras yo voy en seguida á ver al señor.

—Está abajo hablando con esa pobre señora Cibot, que llora á lágrima viva—respondió la Cantinet.

La Salvaje bajó la escalera con tal rapidez, que los pel-
daños temblaban bajo sus pies.

—Señor—dijo á Fresal, llevándole á algunos pasos de la Cibot.

Y designó á Topinar en el momento en que el mozo de teatro se marchaba satisfecho por haber pagado ya su deuda á su bienhechor, impidiendo que tendiese un lazo al amigo de Pons. El mozo se prometió desde aquel momento proteger al músico contra todas las asechanzas de que fuese objeto.

—¿Ve usted á ese miserable?... Es una especie de hombre honrado que quiere meter las narices en los negocios del señor Smuke.

—¿Quién es?—preguntó Fresal.

—¡Oh! un nadie.

—En los negocios todo el mundo es algo.

—¡Eh!—dijo ella.—Es un mozo de teatro que se llama Topinar.

—Bien, señora Salvaje, continúe usted de ese modo y tendrá usted un estanco.

Y Fresal reanudó su conversación con la señora Cibot.

—Decía, pues, mi querida cliente, que usted no ha sido franca conmigo, y que nosotros no tenemos en nada al asociado que nos engaña.

—¿Y en qué le he engañado yo á usted?—dijo la Cibot poniéndose en jarras.—¿Cree usted que me hará temblar con

sus miradas de agraz y sus aires de tordo? Usted está buscando disculpas para no cumplir lo prometido, y eso que se dice hombre honrado. ¿Sabe lo que es usted? ¡Un canalla! Sí, sí, rásquese usted el brazo; pero chúpese esa.

—Nada de encolerizarse, amiga mía—dijo Fresal.—Escúcheme. Usted ha hecho su pacotilla. Esta mañana, durante los preparativos del entierro, he encontrado este catálogo escrito de puño y letra del señor Pons, y por casualidad mis ojos se fijaron en esto.

Y abriendo el catálogo manuscrito, leyó lo siguiente:

«Núm. 7.—Magnífico retrato pintado en mármol, por Sebastián del Piombo, en 1546, vendido por una familia que lo sacó de la catedral de Terni. Este retrato, que tenía por pareja un obispo, comprado por un inglés, representa un caballero de Malta orando y se hallaba en la tumba de la familia Rossi. A no ser por la firma, se podría atribuir este retrato á Rafael. Esta pintura me parece superior al retrato de Baccio Bandinetti que se halla en el Museo, el cual es un poco seco, mientras que este caballero de Malta posee una gran frescura debida á lo mucho que se conserva la pintura en lavagna (pizarra).

—Mirando la plaza núm. 7—añadió Fresal,—he encontrado un retrato de mujer firmado por Chardín, sin núm. 7. Mientras que el maestro de ceremonias completaba el número de personas para llevar las cintas, examiné los cuadros y vi que hay ocho sustituciones de telas ordinarias sin numerar, por otras indicadas como capitales por el difunto señor Pons, las cuales no están ya. Además, falta una tablita de Metz, designada como una obra maestra.

—¿Acaso era yo la guardiana de los cuadros?—dijo la Cibot.

—No, pero era usted su mujer de confianza, y si hubiese un robo...

—¿Robo? Sepa usted, señor, que los cuadros fueron vendidos por el señor Smuke, para subvenir á sus necesidades por orden expresa del señor Pons.

—¿A quién fueron vendidos?

—A los señores Elías Magus y Remonencq.

—¿Por cuánto?

—No me acuerdo.

—Escuche usted, mi querida señora Cibot, usted ha hecho su pacotilla—repuso Fresal—y no la perderé de vista; la tengo á usted cogida... Sírvame usted bien y me callaré.

En todo caso, ya comprenderá usted que no debe contar para nada con el señor presidente Camusot, desde el momento en que ha querido quitarle parte de lo suyo.

—Mi querido señor Fresal, ya sabía yo que lo peor sería para mí—respondió la Cibot aplacada por las palabras «me callaré».

—Hombre, usted viene á buscarle cuestión á la señora, y eso no está bien—dijo Remonencq presentándose.—La venta de los cuadros ha sido hecha por el señor Pons, entre Magus y yo, que hemos estado tres días antes de ponernos de acuerdo con el difunto, el cual *soñaba con sus cuadros*. Tenemos recibos en regla, y si hemos dado, como de costumbre, algunas monedas de cuarenta francos á la señora, eso nada tiene de particular, porque lo hacemos siempre. ¡Ah! señor mío, si cree usted que va á abusar de una mujer indefensa, se engaña. ¿Me oye usted, señor negociante? El señor Magus es el dueño de la situación, y si no da usted lo que ha prometido, le espero á usted para el día de la venta de la colección. Ya verá usted lo que perderá si nos tiene en contra á mí y al señor Magus. En lugar de setecientos ú ochocientos mil francos, no sacará usted ni doscientos mil.

—Está bien, está bien, ya veremos. No los venderemos, ó si acaso los venderemos en Londres—dijo Fresal.

—Nosotros conocemos Londres—dijo Remonencq,—y el señor Magus es allí tan poderoso como en París.

—Adiós, señora, voy á expurgar sus negocios, á no ser que siga usted obedeciéndome—dijo Fresal.

—¡Ratero!

—Tenga usted cuidado, que voy á ser juez de paz.

Se separaron en medio de amenazas cuyo alcance era bien apreciado por ambas partes.

—Gracias, Remonencq—dijo la Cibot.—Menos mal que ha encontrado defensor una pobre viuda como yo.

Por la noche, á eso de las diez, en el teatro, Gaudissart llamó á su despacho al mozo de la orquesta. Gaudissart, de pie ante la chimenea, había tomado una actitud napoleónica, contraída desde que trataba con autores y desde que dirigía á todo un mundo de cómicos, de bailarinas, de figurantas, de músicos y de maquinistas. Se metía habitualmente la mano derecha en el bolsillo del chaleco, y poniendo la cabeza medio de perfil, dejaba que sus miradas se perdiesen en el vacío.

—¡Hola, Topinar! ¿Tiene usted rentas?

—No, señor.

—¿Busca usted acaso una plaza mejor que la que tiene?—dijo el director.

—No, señor—respondió el mozo poniéndose lívido.

—¡Qué diablo! Tu mujer es una de las primeras obreras. Yo he sabido respetar en ella á mi fracasado predecesor. Te he dado el encargo de limpiar los quinqués de bastidores durante el día, y si esto no fuera bastante, diriges los monstruos y los diablos cuando hay infiernos. Amigo mío, tu posición es deseada por todos los mozos, y eres envidiado en el teatro, donde tienes enemigos.

—¡Enemigos!—dijo Topinar.

—Y tienes tres hijos, el mayor de los cuales desempeña papeles de niño con dos reales de sueldo.

—Señor...

—Déjame hablar—dijo Gaudissart con voz terrible.—En esta posición sé que quieres dejar el teatro.

—Señor...

—Sí, metiéndote á hacer negocios y mezclándote en herencias. Pero ¡desgraciado! ¡si vas á ser aplastado como un huevo! Yo tengo por protector á su excelencia el señor conde Popinot, hombre de talento y de gran carácter, á quien el rey ha tenido el buen acuerdo de nombrar ministro... Este hombre de estado, este político eminente (me refiero al conde Popinot) ha casado á su hijo con la hija del presidente Marville, uno de los hombres más considerables y más considerados de la magistratura, una de las lumbreras de la Audiencia. ¿Sabes tú lo que es la Audiencia? Pues bien, él es el heredero de su primo Pons, nuestro antiguo director de orquesta, á cuyo entierro has ido tú esta mañana. No te critico porque hayas ido á tributar los últimos honores á ese pobre hombre; pero perderías tu colocación si te metieses en los asuntos de ese digno señor Smuke á quien yo quiero mucho; pero que va á encontrarse en situación delicada con los herederos de Pons... Y como ese alemán me importa poco y el conde Popinot me importa mucho, yo te invito á que dejes que ese digno alemán se arregle por su cuenta. Los alemanes tienen un Dios particular y tú harías mal en meterte á providencia. Sigue siendo mozo, es lo mejor que puedes hacer.

—Basta, señor director—dijo Topinar abatido.

Smuke, que esperaba ver al día siguiente á este pobre mozo de teatro, único ser que había llorado á Pons, perdió así al protector que la casualidad le había enviado. Al día siguiente, al despertar y ver la habitación vacía, el pobre alemán comprendió la inmensa pérdida que había tenido. La víspera y la antevíspera, los acontecimientos y las molestias de la muerte habían producido en torno suyo esa agitación y ese movimiento que distrae la vista; pero el silencio que sigue á la marcha de un amigo, de un padre, de un hijo, de una mujer amada, el sombrío y frío silencio del día siguiente es terrible, es glacial. Llevado por una fuerza irresistible al cuarto de Pons, el pobre hombre no pudo soportar su vista, reculó y fué á sentarse al comedor, donde la señora Salvaje sirvió el almuerzo. Smuke no pudo probar bocado. De pronto resonaron grandes campanillazos y la señora Salvaje fué á abrir, dejando el paso libre á tres hombres vestidos de negro. Eran éstos el señor Vitel, juez de paz, y su escribano y Fresal, que parecía más áspero y más seco que nunca, y que había sufrido la decepción de un testamento en regla que anulaba el arma poderosa que con tanta audacia había robado.

—Señor—dijo cariñosamente el juez de paz á Smuke,—venimos á sellar la casa.

Smuke, que oyó estas palabras como si fuesen griegas, miró á los tres hombres con aire extraviado.

—Venimos á instancia del señor Fresal, abogado, apoderado del señor Camusot de Marville, heredero de su primo, el difunto señor Pons—añadió el escribano.

—Las colecciones están aquí, en este vasto salón, y en el dormitorio del difunto—dijo Fresal.

—Bueno, vamos allá—dijo el juez de paz.—Dispense usted, señor, y siga almorzando.

La invasión de aquellos tres hombres vestidos de negro había llenado de terror al pobre alemán.

—El señor, que ha sabido hacer en provecho suyo un testamento ante notario, debía esperar alguna resistencia por parte de la familia—bijo Fresal, dirigiendo á Smuke una de aquellas venenosas miradas con las cuales magnetizaba á sus víctimas, como magnetiza una araña á la mosca.—Una familia no se deja despojar por un extranjero sin oponer resistencia, y ya veremos quién sale victorioso, si la familia ó el fraude y la corrupción... Como herederos,

tenemos derecho á pedir la posición de sellos, y yo me propongo velar porque este acto conservatorio sea ejercido con el mayor rigor.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué le he hecho yo al cielo? »

—Se habla mucho de usted en la casa—dijo la Salvaje.

—Mientras que usted dormía ha venido un hombrecito pequeño, vestido de negro, primer pasante del señor Hannequin, que quería hablarle á toda costa; pero como dormía usted y estaba tan cansado de la ceremonia de ayer, yo le dije que le había usted dado un poder al señor Villemot, pasante del señor Tabareau, y que si venía para algún negocio, que se fuese á verlo. «¡Ah! mejor, dijo el hombrecito; así me entenderé con él. Tenemos que depositar el testamento ante un tribunal.» Entonces le rogué que nos enviase al señor Villemot tan pronto como pudiese. No tenga usted cuidado, mi querido señor—dijo la Salvaje.—No le faltará quien le defienda. Yo estoy furiosa contra esa malvada Cibot, una portera que se mete á juzgar á sus inquilinos, que sostiene que usted ha robado la fortuna á los herederos, que usted ha secuestrado al señor Pons, que lo ha martirizado y que estaba loco de remate. Yo le dije que era una ladrona y una canalla y que la llevaría usted al tribunal por lo que les ha robado. ¡Oh! pero ella se ha callado.

—Señor, ¿quiere usted presenciar la imposición de los sellos en el cuarto mortuario?—dijo el escribano á Smuke.

—No, no, ustedes mismos. *Espero* que después podré *moguir* tranquilo—dijo Smuke.

—Siempre se tiene derecho á morir tranquilo—le contestó el escribano riéndose. Pero yo, no obstante ser las herencias nuestro mayor trabajo, rara vez he visto que los legatarios universales se fuesen á la tumba con los testadores.

—Pues yo sí que *igué*—dijo Smuke, que sintió grandes dolores en el corazón, después de tantos disgustos.

—¡Ah! aquí está el señor Villemot—exclamó la Salvaje.

—Señor Villemot, *guepresénteme* usted—dijo el alemán.

—Voy—dijo el pasante.—Venía á decirle que el testamento está en regla y que entrará usted en posesión de la herencia. Tendrá usted una hermosa fortuna.

—¡Yo una *hegmosa fogtuna!*—exclamó Smuke, desesperado ante la idea de que pudieran creerle ambicioso.

—Y entre tanto ¿qué hacía ahí ese juez de paz con las bujías y los hilos?—dijo la Salvaje.

—¡Ah! está poniendo los sellos. Venga, venga, señor Smuke. Usted tiene derecho á asistir.

—No, no; vaya usted.

—Pero, ¿por qué los sellos, si el señor está en su casa y es todo suyo?—dijo la Salvaje, explicándose el derecho á la manera de las mujeres.

—Señora, este caballero no está en su casa, está en casa del señor Pons. Tal vez le pertenezca todo; pero cuando se es legatario, no se pueden tomar las cosas que se heredan á no ser mediante la intervención de los tribunales. Por otra parte, si los herederos desposeídos de la herencia por voluntad del testador, se oponen, puede haber un pleito, y como no se sabe de quién será la fortuna, se sellan todos los valores, y los notarios de los herederos y del legatario proceden al inventario en el plazo exigido por la ley.

Al oír este lenguaje por primera vez en su vida, Smuke perdió completamente la cabeza, y la dejó caer hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá en que estaba sentado, pues la sentía tan pesada, que no podía sostenerla. Villemot fué á hablar con el escribano y con el juez de paz y presencié la imposición de los sellos. Por fin, los cuatro curiales cerraron el salón y entraron en el comedor, adonde les siguió el escribano. Smuke contempló maquinalmente aquella operación, que consiste en poner un sello del juzgado de paz en el cruce de dos bramanes en las ventanas y en sellar las cerraduras de los armarios y de las puertas.

—Pasemos á este cuarto—dijo Fresal señalando al cuarto de Smuke, cuya puerta daba al comedor.

—Pero ¡si es el cuarto del señor!—dijo la Salvaje interponiéndose entre la puerta y los curiales.

—Aquí está el contrato de arriendo que hemos encontrado entre los papeles, y no está á nombre de los señores Pons y Smuke, sino que está á nombre del señor Pons—dijo el horrible Fresal.—Esta habitación toda pertenece á la herencia y, por otra parte, mire usted, señor juez, está llena de cuadros—añadió abriendo la puerta del cuarto de Smuke.

—En efecto—dijo el juez de paz, dando la razón en seguida á Fresal.

CAPITULO XXX

Los frutos de Fresal

—Esperen ustedes, señores—dijo Villemot,—y piensen que dejan en la calle al legatario universal, cuya calidad de tal no le ha sido aún negada por los tribunales.

—¡Oh! es que nosotros nos oponemos á la entrega del legado—dijo Fresal.

—¿Con qué pretexto?

—Ya lo sabrá usted, hijo mío—dijo burlonamente Fresal.—En este momento no nos oponemos á que el legatario retire lo que tenga en este cuarto; pero se sellará también, y el señor irá á albergarse donde le parezca.

—No—dijo Villemot,—el señor se quedará en su cuarto.

—¿Cómo?

—Porque es inquilino de este cuarto, y no puede usted arrojarlo, so pena de allanamiento de morada...—repuso Villemot.—Quite usted los cuadros y distinga lo que es del difunto de lo que es de mi cliente; pero mi cliente se quedará aquí.

—No, ya me *igué*—dijo el anciano músico, recobrando energía al oír aquella espantosa disputa.

—Más le vale á usted—dijo Fresal.—Esa decisión le ahorrará muchos gastos, porque no ganaría usted la causa. El arriendo es formal.

—El arriendo, el arriendo es cuestión de buena fe—dijo Villemot.

—Pero hay que probarlo con testigos, y eso es difícil. ¿Va usted á meterse en peritajes, fiscalizaciones y juicios interlocutorios?

—No, no—exclamó Smuke asustado,—yo me voy.

La vida de Smuke estaba tan reducida á su más simple expresión, que resultaba la de un filósofo cínico sin saberlo. No poseía más que un par de zapatos, un par de botas, dos trajes completos, doce camisas, doce corbatas, cuatro chalecos y una pipa y una petaca que Pons le había regalado. Excitado por la fiebre de la indignación, el músico entró en el cuarto, tomó todas sus cosas, las colocó sobre una silla, y dijo con una sencillez digna de Cincinato:

—Todo esto es mío, y el piano también.